



ARTE - HISTORIA FILOSOFIA Y LITERATURA EN RELACION CON LA MEDICINA



LA MEDICINA EN EL DICCIONARIO

por

JULIO CASARES

Secretario perpetuo de la Real Academia Española.

Nada más peligroso que ofrecer la tribuna a un sujeto relativamente normal, en apariencia, pero con la mentalidad polarizada hacia determinado problema, tanto si es el fomento del ahorro, como el antisemitismo o la lucha contra el alcohol. Porque ese sujeto aprovechará inevitablemente la coyuntura para tratar de lo que a él más le interesa, sin pensar en qué proporción puede aburrir a quienes le escuchan. Y todavía puede darse el caso, más frecuente en otros países que en el nuestro, de que la dama o el señor que ha contristado a los oyentes describiendo, pongo por caso, la tragedia conmovedora de los gatos sin dueño, baje luego a solicitar individualmente un óbolo con destino a un asilo para mininos huérfanos.

Por eso, al asomarme por primera vez a esta revista, prestigiosa tribuna profesional, quiero advertir lealmente a sus lectores, para que se apresten a la defensa, que el firmante padece la manía de recoger palabras desamparadas, con el fin de acomodarlas confortablemente en un refugio llamado «el Diccionario»; y también les aviso que antes de acabar este artículo pasaré la bandeja por entre el público paciente que haya llegado hasta el final.

La tendencia de los términos médicos a infiltrarse en el habla cotidiana es más fuerte e irresistible que la que se puede observar en tecnicismos de otras disciplinas. Tal fenómeno tiene fácil explicación, porque esas otras disciplinas afectan en su mayor parte a cosas que no son esenciales a nuestro ser, aunque estén implicadas en nuestra vida. Si un técnico de «radio» diagnostica que mi aparato no funciona bien por un exceso de «impedancia», no haré el menor esfuerzo por retener esa palabreja, que ni siquiera me puede indicar cuánto costará la reparación. En cambio, cuando sentimos en el propio cuerpo un dolor, o advertimos algún trastorno funcional que pudiera afectar a nuestra euforia, cualquier palabra cabalística que pronuncie el doctor se grabará indeleblemente en nuestra memoria. Y así es frecuente oír en boca de personas incultas voces como «hipertensión», «alergia», «metabolismo», etc. Y no digamos nada de los remedios. Cualquiera portera receta hoy a sus amistades las sulfamidás o la penicilina, manejando estas voces con tanta soltura como los zorros o el plumero.

Quiero decir con esto que si todos los diccionarios de índole general, empezando por el de la Academia, se han resistido siempre, y con buenas razones, a dejarse invadir por los tecnicismos, tal vez convenga hacer una excepción en favor de la terminología médica, por cuanto su difusión es incomparablemente mayor y más rápida que la procedente de la química o de la botánica, por ejemplo. Por otra parte, es de esperar que la Academia, sin prescindir de su diccionario oficial, dogmático, regulador y normativo, como lo pide su lema secular de «limpia y fija», acometa sin tardanza la compilación de otro léxico de

mayor amplitud donde quepa toda la lengua, aunque haya que correr las fronteras para abarcar, por un lado, lo popular, y por el otro, lo científico; y ese día una de las contribuciones más cuantiosas e interesantes será la que nos aporte la Medicina.

Ésta ha tenido siempre en el seno de la Academia valedores de la máxima autoridad, gracias a cuyo celo el diccionario no tiene hoy que avergonzarse de ignorar muchas cosas; pero la aportación de los materiales que yo preveo para cuando se inicie ese repertorio integral a que antes me he referido, habrá de ser, como se dice entre los médicos, de índole «masiva». Y aquí aparece ya la bandejita para la colecta. Porque para formar ese diccionario exhaustivo en proyecto, no bastará que se nos diga: falta la palabra «neumococo», que, efectivamente, no está registrada. El nuevo diccionario, como el primero y más venerable, que se llama «de Autoridades», tratará de justificar el uso real de cada voz mediante las citas correspondientes. El término «apendicitis», por ejemplo, ha entrado en el diccionario oficial, porque a todos nos consta que se emplea; pero, cuando en la parte ya publicada del Diccionario histórico se pretendió incluir autoridades que demostrasen el empleo de dicho vocablo, nos encontramos con que en los cuatro millones de fichas archivadas no existía una sola en que figurase la voz «apendicitis». Es decir, que si mucho interesa completar la terminología médica para las futuras tareas de la Academia, importa quizá más la información complementaria que los usuarios de esa terminología pueden facilitar mejor que nadie.

La voz «diabetómetro» figura ya en el léxico actual de la Academia con el significado de «instrumento para medir la cantidad de glucosa eliminada por la orina». ¿Tiene verdaderamente curso esa voz entre los médicos? ¿Consta que lo haya tenido alguna vez? ¿Puede aportarse alguna cita de tal o cual autor que haya utilizado dicha palabra? Porque acopiar términos de Medicina es tarea relativamente cómoda, utilizando el diccionario de Cardenal, sin ir más lejos, o acudiendo a las obras de carácter enciclopédico, inclusive a las extranjeras, puesto que en francés, en inglés o en italiano el vocabulario científico moderno, formado a veces de elementos griegos o latinos, sin excluir los compuestos de tipo híbrido, adopta formas que, con leve retoque, toman la fisonomía castellana. Es decir, que resulta mucho más difícil para el lexicógrafo averiguar la edad y las vicisitudes de los términos técnicos que informarse de su existencia.

Por lo que se refiere a las obras de Medicina anteriores al siglo XVIII, los ficheros de la Academia contienen ya el esquilmo de medio centenar de autores, cuya lista se podría completar dentro de la casa con un par de docenas más. Pero en los siglos últimos, y especialmente en el XIX y el XX, la proliferación de libros, folletos y revistas ha llegado a términos tales, que el expurgo de esas publicaciones constituiría una tarea muy fatigosa y dilatada. Esta labor, en cambio,

resultaría mucho más hacendera para el lector habitual de dichas publicaciones. A un médico ya entrado en años no le será imposible recordar si en su época de estudiante tropezó ya con la palabra «apendicitis» o, si la encontró por primera vez más adelante, cuándo y en dónde. Datos de esta naturaleza serían verdaderamente preciosos para la biografía de cada voz, tal como intenta darla a conocer el Diccionario histórico en proyecto.

Nadie duda de que la lengua de Shakespeare ha merecido un monumento tan glorioso como el Diccionario de Oxford, que es, hoy por hoy, la más espléndida realización lexicográfica de todos los tiempos y de todos los países; pero hemos de pensar que la lengua de Cervantes se tiene tan bien ganado, por lo menos, un homenaje semejante; y si el famoso diccionario inglés no habría sido posible, según se nos dice en el prólogo, sin la colaboración de «legiones de voluntarios», tampoco llegará a ser una realidad satisfactoria el Diccionario histórico de la Lengua española, si los amantes de ella en ambos hemisferios no se aprestan a contribuir a la empresa, cada cual desde el campo de su especialidad respectiva.

En cuanto a la manera de colaborar en la obra soñada, que sería el más luminoso exponente de la cultura hispana desde Berceo a Ramón y Cajal, caben dos grados de comodidad para que elija cada voluntario con arreglo a su celo y al tiempo disponible. El

procedimiento eficaz es hacer una ficha del siguiente tenor:

MOTILIDAD.

«La motilidad animal se ejerce por medio de la fibra muscular...»
Nieto Serrano (M.). Elem. de Pat. gal.
Ed. 1869, p. 111.

En el caso de que varias fichas de una remesa se hayan sacado del mismo libro, bastaría identificarlo en la primera, e indicar solamente la página en las otras. A cada corresponsal se le abriría una cuenta corriente de sus aportaciones, para luego estampar en las páginas preliminares de la obra los nombres de los coadyuvantes merecedores de tal distinción. Otra manera de ayuda menos eficaz, pero también aceptable con gratitud, consistiría en ahorrarse la copia del pasaje citado entre comillas, pues con los datos de la palabra y del lugar se podría fácilmente buscar dicho pasaje.

Y sólo me resta añadir, pidiendo mil perdones por el atraco, que desde ahora quedo esperando la limosna.

NOTA DE LA REDACCIÓN.—Los lectores que deseen colaborar a la empresa que don Julio Casares inicia con este artículo, pueden enviar sus aportaciones a la Redacción de esta Revista.



Las pastillas «Digestinas» no sólo actúan por la acción directa de sus componentes sobre la pared y el jugo gástrico, sino que al provocar la secreción abundante de una saliva rica en mucina realizan una terapéutica protectora de tipo fisiológico.

1 ó 2 pastillas disueltas lentamente en la boca después de la comida,
garantizan una perfecta digestión.

2 ó más pastillas corrigen la hipersecreción gástrica, haciendo desaparecer
en pocos minutos toda la sintomatología.

Caja normal, ptas. 4,70 (sin timbres).

Caja grande, ptas. 19,50 (sin timbres).

INSTITUTO FARMACOLOGICO LATINO, S. A. - MADRID